DE LA RESTAURACIÓN DE LA CULTURA CATÓLICA A LA «OPCIÓN BENEDICTO»

Juan Retamar Server, CVMD

1. Introducción

En el año 1983 se publicaba en la editorial norteamericana Ignatius Press el libro del profesor universitario John Senior titulado *The Restoration of Christian Culture*. Tuvieron que pasar veintitrés años hasta que apareciese una primera edición española, publicada en la Argentina, y tres años más para que llegase a España. Casi en paralelo se publicaba, también en inglés, un libro del periodista americano Rod Dreher titulado *The benedict option*, que ha sido calificado por el New York Times como «el libro religioso más discutido e importante de la última década». Después de la edición francesa e italiana, llegó, en el año 2018, la hora de la edición española, esta vez en Ediciones Encuentro, con un título leve pero significativamente distinto del original inglés: *La opción benedictina*.

Aunque han tratado de ponerse en paralelo ambos libros, sus autores son bien distintos. Si John Senior es un culto profesor de la literatura en la universidad de Kansas al que podemos calificar como católico tradicional y antimodernista, Rod Dreher es un periodista liberal que, después de pasar por algunas sectas evangélicas, se hizo católico y, escandalizado por los casos de abusos sexuales por parte del clero católico americano, pasó a la iglesia ortodoxa. Tanto la profesión religiosa de ambos autores como el carácter fundamentalmente tradicional del primero y cristiano liberal conservador del segundo, dan a ambos libros un aire bien distinto y una profundidad de pensamiento bien distante.

Si bien *La restauración de la cultura católica* alude fundamentalmente al ámbito más cercano de las relaciones humanas,

Fundación Speiro

familia y amigos, Rob Dreher elabora una propuesta, llamada por él mismo «una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana» que abarca ámbitos de la vida pública más amplios y que, por la seductora manera que tiene el autor de proponerla, puede causar confusión entre aquellos que se sienten parte de una postura tradicional. Trataremos, en estas páginas, me temo más a brochazos que a pinceladas, de los temas que creemos más importantes.

2. La opción Benedicto no es una propuesta filosóficamente neutra

El lector del libro de Senior se asoma, a través de sus páginas llenas de poesía y musicalidad, al relato de una experiencia, el «Programa de Humanidad Integradas», del que formaron parte Senior, un grupo de colegas universitarios y cientos de alumnos de la universidad estatal de Kansas. El libro de Dreher, en cambio, no narra una experiencia sino que elabora una propuesta que, en sus concreciones, no es vivida de manera significativa como para pensarla como una solución contra la barbarie cultural de nuestra época.

Y para ello, Dreher construye un edificio a partir de los cimientos del pensamiento comunitarista de Alasdair MacIntyre. El filósofo escocés es presentado ya en las primeras páginas del libro como una especie de guía y maestro de la propuesta de Dreher. Y lo hace a partir de las últimas páginas del libro de MacIntyre *Tras la virtud,* en las que el filósofo comunitarista compara la actual situación de Occidente con los años en los que el Imperio romano se estaba diluyendo para dejar paso a una nueva época. En estas páginas, MacIntyre define aquel momento como un tiempo de búsqueda y de construcción de nuevas formas de sociedad, dentro de las cuales poder continuar su modo de vida en medio de la barbarie y de la oscuridad que se avecinaba. En el momento presente, prosigue el comunitarista escocés, el mundo espera a otro San Benito que construya arcas en las que ellos y su fe puedan surcar este mar de crisis (1).

(1) Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud,* Barcelona, Editorial Crítica, 2004, págs. 343 y sigs.

Fundación Speiro

El comunitarismo es una corriente filosófica difícil de delimitar, pues muchos autores considerados comunitaristas –como por ejemplo MacIntyre– prefieren no considerarse entre sus filas. Pero podemos hacer un breve síntesis (2), este no es lugar para una exposición más amplia, de aquellos postulados que subyacen en la «opción Benedicto».

Bajo el término comunitarismo encontramos a varios autores que, desde distintas perspectivas, realizan una fuerte crítica al liberalismo. De matriz anglosajona, presenta cómo la sociedad moderna es profundamente atomizadora, destruyendo los lazos entre los individuos, cuando éstos dependen *tout court* de tales lazos de la comunidad, poniendo en peligro formas tradicionales de vida comunitaria. Propone un ideal social en el que los individuos de una comunidad se relacionen entre sí, no a través de relaciones jurídicas, sino mediante orientaciones y valoraciones éticas comunes.

Aunque MacIntyre es sumamente crítico con el liberalismo, sus reflexiones no llevan a plantear alternativas políticas completas al orden político y social actual, ni modificaciones de carácter político-institucional del actual sistema político (3). Pero sí plantea algunos elementos que son aceptados en la obra de Dreher pese a sus dificultades para compatibilizarse con la filosofía y política tradicional. Mencionamos sólo algunos que aparecen, aquí y allá, esparcidos en la «opción Benedicto»:

a) Frente a la atomización del individuo por parte de la modernidad, Dreher plantea la atomización de la comunidad como solución. Comunidades aisladas, en el sentido político del término, que sean «fermento de una nueva sociedad» al modo de los monasterios. Así, aparece un abandono explícito, si no del mundo, al menos sí de la polis.

---

(2) Cfr. Fernando Fernández-Llebrez, «La ambigüedad comunitarista de Alasdair MacIntyre. El problema de las etiquetas en el debate liberalismo/comunitarismo», *Revista de Estudios Políticos* (Madrid) núm. 104 (1999), págs. 213-231.

(3) De ello se ha jactado numerosas veces MacIntyre, desde su libro *Tras la virtud* hasta entrevistas concedidas a varios medios. Cfr. Alasdair MacIntyre, «The spectre of communitarianism», *Radical Philosophy* (Londres), núm. 70 (1995), págs. 34-35.

Fundación Speiro

b) Para Dreher es fundamental la neutralidad del Estado es cuestiones morales. Como MacIntyre, critica fuertemente a aquellos que aspiran a dar un contenido normativo a la idea de vida buena o virtuosa dentro de las estructuras estatales. Así, lo mejor que se le puede pedir al Estado es que sea neutral ante las diferentes visiones compartidas del bien que existen dentro de las sociedades.

c) El bien común, fin aristotélico de la actividad política, es sustituido por el bien que tienen ciertas comunidades en común. Dado el carácter relativo de dicho bien, las comunidades se forman en torno a una idea de bien que puede ser distinta de otra comunidad. Por lo tanto, este bien común al que hace referencia MacIntyre y Dreher plantea, no es común por dos razones: no todos tienen la misma idea de bien y por lo tanto no afecta a todos por igual (socialmente acaba derivando en distintas comunidades que son islas entre sí) y no hay un mismo bien que busquen y al que tiendan todas las comunidades humanas (derivando en un fuerte relativismo del que se pretendía o creía escapar).

d) Las prácticas sociales basadas en este modo de entender la comunidad sólo se pueden realizar a nivel pequeño y local. Se percibe así, en todos los autores vistos hasta ahora (Senior, Dreher y McIntyre), un rasgo común: el «localismo comunitarista». Este lo podemos caracterizar como una versión contemporánea del romanticismo político que glorifica la escala pequeña y local como tal, repitiendo sin descanso, a modo de *leimotiv*, «lo pequeño es hermoso». Y aparece así, un abandono de lo público como espacio de existencia y búsqueda del bien común, en favor de una retirada a las aldeas, al estilo de San Ireneo de Arnois (4), en las que, siguiendo las

(4) Cfr. Natalia Sanmartín Fenollera, *El despertar de la Señorita Prim,* Barcelona, Planeta, 2013. En esta novela aparecen evidentes referencias al libro de Senior; se trata, en el fondo de una presentación novelada de la propuesta de Senior que se adaptaría también a la de Dreher. Aunque no podemos abarcarlo aquí, es interesante también la crítica que el pensador tradicionalista Frederick Wilhelmsen hace al sistema de enseñanza basado en los «grandes libros» y su carácter operativo, presente explícitamente en las obras de Senior y Dreher. Cfr. Frederick D. Wilhelmsen, *La mentalidad estadounidense. Una mirada desde España,* Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2018, págs. 117-120.

Fundación Speiro

palabras de Aristóteles sobre las pequeñas comunidades, nada tiene especial mérito y se vive un auténtico «irenismo» o «pacifismo» basado en unas mismas ideas o ideales compartidos.

Sin pretensión de ser exhaustivos hemos presentado cuatro elementos destacados del comunitarismo «dreheriano», elementos que concreta el autor en algunas páginas de su libro, especialmente las dedicadas a «la idea de una aldea cristiana» teniendo como trasfondo la vivencia de la comunidad de los «Tipi Loschi» establecida en el norte de Italia: convertir la casa en un monasterio, no tener miedo a ser un conformista, no disculparse por ser diferentes, vivir cerca o junto a otros miembros de la comunidad, aprovechar los contactos de la iglesia, sacar a los hijos de la escuela pública y construir escuelas donde educarlos o educarlos en casa…

3. La opción Benedicto es una propuesta religiosamente arbitraria

La «opción Benedicto» tiene como obertura unas palabras de la Regla de san Benito: «Levantémonos, pues, de una vez, que la Escritura nos despierta diciendo: ya es hora de espabilarse». Volveremos sobre ellas más adelante, pero colocadas en la primera página del libro es toda una declaración de intenciones. Dreher, siguiendo a MacIntyre, está a la espera de un nuevo San Benito de Nursia:

«Lo que importa ahora es la construcción de formas locales de comunidad, dentro de las cuales la civilidad, la vida moral y la vida intelectual puedan sostenerse a través de las nuevas edades oscuras que caen ya sobre nosotros. Y si la tradición de las virtudes fue capaz de sobrevivir a los horrores de las edades oscuras pasadas, no estamos enteramente faltos de esperanza. Sin embargo, en nuestra época los bárbaros no esperan al otro lado de las fronteras, sino que llevan gobernándonos hace algún tiempo. Y nuestra falta de conciencia de ello constituye parte de nuestra difícil situación. No estamos esperando a Godot, sino a otro, sin duda muy diferente, a San Benito» (5).

(5) Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud,* cit., pág. 322.

Fundación Speiro

Las palabras de San Benito se deslizan por todo el libro, a modo de *ritornello*, para dejar bien claro la opción monástica de civilización que propone Dreher. Las palabras de algunos monjes del Monasterio de Nursia y conversaciones del autor con ellos son también recurrentes. ¿Qué significación tiene todo esto?

Yo destacaría dos elementos medulares. En primer lugar, la opción por San Benito y la vida monástica es una opción subjetiva del autor. La historia de la vida religiosa es complicada y enrevesada. Desde el nacimiento del monacato primitivo, en los desiertos de Egipto allá por el siglo III, pasando por las fundaciones benedictinas y las consiguientes reformas, la revolución que supuso la vida conventual en las ciudades (franciscanos y dominicos entre otros) o la aparición de los clérigos regulares en el siglo XVI, la vida consagrada ha estado en permanente renovación y cambio.

Resulta significativa la estrecha asimilación, en muchos estudiosos, entre el monacato benedictino y la cristiandad. Si es cierto que hay que valorar en su justa medida las aportaciones del monacato a la cristiandad (6), no es menos cierto que no podemos dejar de lado algunos hechos que resultan de especial importancia para entender la civilización cristiana: las universidades nacen, en su mayoría, en torno a las Catedrales y, por tanto, patrocinadas por el clero secular; de ellas participan, posteriormente, no los monjes sino los religiosos de las órdenes mendicantes a los que hay que agradecer, en gran parte, la evangelización de la cultura de la polis y la traducción y expansión de la obra de Aristóteles. No podemos entender algunas de las mayores obras de la cristiandad –la evangelización de América y Asia, la lucha contra la herejía luterana, el Concilio de Trento– sin la obra de los conventuales y los clérigos regulares –de modo especial la Compañía de Jesús. Y, sin embargo, toda esta historia, sus nombres y sus hazañas –tanto evangelizadoras como culturales–, están como entre paréntesis, como si no existieran y no hubiesen tenido un papel transcendental en la construcción de la sociedad cristiana. ¿Qué puede significar esta opción sino una clara arbitrariedad?

(6) Cfr. Jean Leclerq, *Initiation aux auteurs monastiques du Moyen Âge. L'amour des lettres et le désir de Dieu,* París, Les Editions du Cerf, 1963.

Fundación Speiro

Junto con la arbitrariedad, existe otra explicación para entender la opción por San Benito. Ésta la podemos encontrar en aquello que Pío XII llamó el «arqueologismo». En la encíclica *Mediator Dei*, el Papa explica la arbitrariedad de estas apelaciones y cómo son siempre selectivas. Los que las proponen, escogen aquellos elementos del pasado que les convienen para «calzarlos» con su programa modernista. Y esto lo hacen, además, desechando, sin ningún tipo de contemplación, otros elementos que no les convienen, aunque se trate de elementos igualmente valiosos, antiguos o contemporáneos.

Sorprende por tanto la verificación de tantísimas ausencias: ¿cómo no hacer referencia a las palabras del prólogo de la regla de San Benito en las que define a sus monjes con el término *militatorus*? ¿Cómo no hacer referencia a los monjes que, surgidos de monasterios benedictinos, evangelizaron entre los bárbaros? ¿Cómo dejar de lado la doctrina sobre la relación entre Iglesia y Estado escrita de manos de uno de los hijos más insignes de Benito como fue San Bernardo? ¿Simple arbitrariedad? Ciertamente la hay, pero lo más preocupante es que estamos ante una «opción modernista» que utiliza a San Benito, a veces metiéndolo con calzador, para exponer el programa liberal del autor.

En segundo lugar, encontramos en esta opción otra problemática. Si bien el autor niega una y otra vez que su opción implica una *fuga mundi*, de los párrafos del libro y de las propuestas concretas que se animan a vivir, la sociedad que quiera experimentar esta propuesta, será llevada, más pronto que tarde, al aislamiento y el catacumbismo. Y ello porque es intrínseco a la opción de San Benito. La *fuga mundi* está en el corazón de San Benito, como lo estuvo en el corazón de los primeros padres del desierto y como está en el libro de Dreher.

A propósito, en la presentación del libro en Valencia el 17 de enero del 2019, el autor decía: «Lo que yo llamo "opción benedictina" [*sic*] es la elección que debemos hacer todos los cristianos si queremos mantener nuestra fe en esta era de oscuridad. Los cristianos de hoy en día debemos considerarnos a nosotros mismos como exiliados, y desarrollar formas de vida que mantengan viva la fe durante esta larga prueba a la que la Iglesia ahora está sometida».

Fundación Speiro

Los primeros monjes fueron al desierto, huyendo del asentamiento urbano para traspasar los límites de la civilización, en busca de la perfección cristiana. El desierto era el lugar de la *eschatiá*, el espacio más allá de la vida urbana. Si en Egipto este espacio se identificó con el desierto, más adelante, el término se empleará para evocar otros espacios, muchos de ellos montañosos, que comparten con el desierto la característica de espacio no civilizado, donde San Benito o San Bruno fundaron sus monasterios.

Pero si atendemos a la historia de la vida religiosa podemos percibir un fenómeno interesante. Esta historia sugiere, no una vuelta cada vez más radical a los orígenes (como podría esperarse, por ejemplo, de las reformas de las antiguas órdenes religiosas) sino un movimiento contrario: de la periferia al centro. Un movimiento que transcurre desde el desierto a la ciudad, desde la *eschatiá* a la *polis*.

Un primer salto en este movimiento, lo podemos identificar con las fundaciones medievales de los mendicantes, especialmente franciscanos y dominicos: sus «conventos» no estaban situados lejos del espacio urbano sino en el mismo lugar donde se desarrollaba la vida de los cristianos. Este fenómeno será fundamental para entender la evangelización de cultura y la aportación al pensamiento político o civil de la tradición cristiana.

Más tarde, ya en el siglo XVI, el nacimiento de los clérigos regulares significará otro nuevo avance: entre ellos no hay distinción del hábito, acogen el de los clérigos del lugar, tienen un ministerio propio (ya sea educativo, evangelizador, hospitalario, catequético…) y la vida comunitaria deja de ser el único espacio en el que se desarrollan sus actividades; de hecho, algunos de ellos como los jesuitas, no tendrán ni obligación de coro y sus oraciones las podrán hacer en privado, tal y como prevén sus Constituciones.

Así, tomar la «opción Benito» es, de nuevo, una arbitrariedad. La regla de que lo más viejo es lo mejor vuelve a ser utilizada en beneficio del interés del autor. Dreher parece empeñado en abandonar la militancia propia del cristiano sobre la tierra y, para ello, si hay que recurrir a Benedicto, se recurre. Tomar la «opción Benedicto» es salir del espacio

Fundación Speiro

urbano, lugar donde se realiza ese oficio del alma que es la política, para abandonar el resto del mundo y la búsqueda del bien común para otro momento. Este abandono del espacio político y del combate del cristiano en el mundo, no es sólo una «fuga física», es una «fuga espiritual», es una decisión que concierne a toda la persona, a su modo de asociarse con los demás, a la Iglesia entera.

Tomar la «opción Benito» es volver a lo que él mismo vivió y ordenó: una vida, tras las murallas de la ciudadela monástica, en las que refugiarse y vivir según una regla de vida bien definida. Un refugio donde esconderse, unas tapias donde guarecerse, un lugar donde, como dice Dreher, en la intimidad de sus muros, conservar la doctrina y la fe (7).

San Benito, sugiere el autor, se retira a las montañas de Subiaco por una razón: cuando llega a Roma el joven Benito no encuentra más que un Imperio destruido, una miserable sombra de lo que fue, un sistema irrecuperable, que no es capaz de responder a las necesidades de este joven. Es entonces cuando parte a las montañas para encontrar una respuesta a su búsqueda. ¿Es nuestra situación la misma? ¿Deberemos dejar nuestras ciudades para encontrar una respuesta?

Comparar la caída del Imperio Romano con nuestros tiempos es un error histórico de gran magnitud. Lo que ha ocurrido, nada bien diagnosticado por el autor –de ello trataremos de hablar más adelante– es la destrucción casi total de la Cristiandad, que llevaba en su seno las enseñanzas evangélicas. Y ello supone un drama todavía mayor. La respuesta, por tanto, ha sido dada. Huir para construir otra no es sino un error. La solución no puede ser la misma, el drama es distinto y más grave, la *fuga mundi* no hará sino agrandar esta brecha.

Una última reflexión sobre la *fuga polis* a la que invita el autor. La salida de la ciudad para fundar nuevas comunidades, como los «Tipi Loschi» a los que al autor pone como ejemplo de la «opción Benito» no deja de ser algo artificial, desvinculado de la vida, de la historia, de la tradición y de

(7) Cfr. Rod Dreher, *La opción benedictina*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2018, pág. 39.

Fundación Speiro

esa virtud a la que occidente llamó la *pietas*. Y es que, hacia nuestra patria, hacia la tierra en la que hemos nacido, se le debe, como dice Santo Tomás, honor, reverencia, ayuda, defensa… en cuanto que es, en cierto sentido, principio de nuestro ser y existencia educación y gobierno y proporciona a los padres, y por ellos a nosotros, multitud de elementos necesarios para el desarrollo de nuestro ser (*S. th.*, II-II q.101, a. 4). Lo contrario, abandonarla –y más en tiempos de confusión y dificultades–, es lo que los clásicos entendieron por traición.

Cierto es que resulta necesario entender bien lo que la patria significa para nosotros: no un «ente» abstracto, una nación o una ideología, sino «la tradición que atraviesa las generaciones, porque comprende más allá de los linderos cronológicos de nuestra existencia, abarca a los que nos precedieron y a los que nos seguirán, todos ellos en el pasado o en el futuro partícipes de ese bien común que define y constituye la patria» (8).

Pero esta concepción resulta extraña a nuestro autor, como en general toda la Tradición. Y es que, Dreher, como un beduino que atraviesa el desierto en busca de un oasis, no tienen problema en ponerse en camino en busca de una patria. Contra este peligro advierte también santo Tomás, resumiéndolo en la frase latina: *ubi bene, ibi patria*. Este internacionalismo cristiano, este desarraigo, no engendra sino confusión y un alejamiento progresivo de la Tradición, de esa «tradición» de la que Salvador Minguijón, decía daba «estabilidad a nuestras existencias, crea arraigo, que engendra nobles y dulces sentimiento y sanas costumbres. Éstas cristalizan en saludables instituciones, las cuales, a su vez, conservan y afianzan las buenas costumbres» (9). La sociedad deja de ser un modo de agrupación natural, para convertirse en una tarea artificial en el que ya no es la Tradición el aglutinante de las personas, sino la voluntad humana o el contrato entre algunas personas o familias.

---

(8) Francisco Elías de Tejada, «La idea de la *pietas* en Santo Tomás de Aquino», *Verbo* (Madrid), núm. 134-135 (1975), págs. 339-340.

(9) Salvador Minguijón, *Los intelectuales ante la ciencia y la sociedad*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1941, pág. 97.

Fundación Speiro

4. La opción Benedicto es una opción política liberal

«¡Ya salió la palabra!», pensará el lector. Pero hay que tomárselo en serio. Porque Dreher es liberal, aunque en el contexto americano se le llame conservador, y eso lo cambia todo. Este libro puede aparecer ante nuestros ojos como algo tradicional pero no es más que el enésimo ataque del catolicismo liberal a lo que hemos llamado siempre tradicionalismo y que Dreher, en la presentación del libro, llamó «integrismo».

La Revolución, así, con artículo y mayúsculas, fue uno de esos grandes acontecimientos que cambió a la cristiandad y le infringió una herida de muerte. De ella surgió una Europa que se enfrentó a la Cristiandad. Jean Ousset escribía que hay que entender este hecho, no como el acontecimiento que derrocó un régimen, sino como una corriente subversiva ordenada a un cambio completo en nuestra concepción del hombre y de la sociedad. Así, quedaron enfrentadas para siempre, en palabras de Francisco Elías de Tejada, la civilización antropocéntrica de la Revolución y la civilización teocéntrica de la Tradición (10).

Y, dentro de este abanico que significó la Revolución, Dreher se sitúa en el conservadurismo más puro. Este conservadurismo, en palabras que han aparecido ya alguna vez entre las páginas de *Verbo*, es una petrificación de lo que había sido tradición viva y que ya no es sino un cadáver, como también es la adhesión a los resultados de la revolución triunfante consolidada generalmente en un estado totalitario de cuyos puestos de mando, los conservadores, no piensan desprenderse. «¡Siempre la misma historia!», exclamaba Menéndez Pelayo. Los progresistas, como una especie de vanguardia, avanzan en el desarrollo de la Revolución, los conservadores o moderados, la fijan, la ordenan y no retroceden ni un paso hasta la llegada de nuevo de los progresistas.

(10) Cfr. José Antonio García de Cortázar y Sagarmínaga, «El conservadurismo y su visión de la historia», en AA.VV., *Revolución, conservadurismo, tradición,* Madrid, Speiro, 1974, págs. 35-78.

Fundación Speiro

No existe enunciado liberal y revolucionario que no sea admitido por el autor:

a) Una sociedad que nace de un pacto, de un consenso, de un contrato y no de unas raíces vivas que la han fundado. La vida política, entendida como este consenso, aunque sea ético, pone todo el poder en los singulares, cuya asociación, sea por el criterio que sea, constituyen la comunidad política.

b) Una ley que no es ya más expresión de un orden metafísico objetivo, sino de la misma razón (y por ello, podemos dejarnos gobernar con cualquier ley y sólo debemos saber adaptarnos o buscar cómo derogarla).

c) La aceptación de una voluntad general que, expresada en las urnas, constituye el meollo de la acción política (basta recordar la insistencia en el voto de los católicos en América).

d) La aceptación de la soberanía popular, de que el poder emana de la voluntad del pueblo, y no de Dios (esto sería, en palabras del autor, lo hemos dicho ya, integrismo).

e) Consenso en que la democracia es fundamento del gobierno y, por tanto, constructora de la realidad y convencimiento de la implicación de los católicos en esta forma de gobernarse.

f) La libertad religiosa de la que afirma el autor ser «de una importancia crítica para la opción benedictina. Sin una defensa sólida y exitosa de las garantías que ampara la Primera Enmienda, los cristianos no podremos edificar las instituciones comunitarias que son la clave para preservar nuestra identidad y nuestros valores. Es más, los cristianos que no actúen con determinación en esta pugna por la libertad están malgastando un tiempo valiosísimo, un tiempo que puede acabar antes de lo que pensamos» (11).

g) La tolerancia civil, entendida en el sentido profano del término, y el respeto a las conciencias, al mismo tiempo que la renuncia a la búsqueda de una común profesión de fe que sea la fuente y el principio de la unidad del cuerpo social.

Podríamos seguir glosando los elementos liberales que aparecen en la obra de Dreher pero creo más provechoso detenernos en un capítulo al que el autor llama «Una nueva política».

(11) Rod Dreher, *La opción benedictina*, cit., pág. 113-114.

Fundación Speiro

El autor comienza con una declaración de intenciones: «La opción benedictina nos llama a un cambio radical de hacer política, un localismo práctico». Los cristianos han sido marginados de la vida política americana, los cristianos conservadores no tienen un resguardo político, no hay hueco para ellos y, ante tal situación, «lo más que los fieles cristianos podemos esperar hoy en día de la política es que deje espacio a la Iglesia para que siga construyendo cultura, practique la caridad y convierta al mundo» (12).

De la batalla política, perdida ya e imposible de luchar, el autor nos propone una batalla en lo cultural. No sin antes advertirnos que no podemos permitirnos esfumarnos del espacio público, pero reduciendo la política a la lucha por esos principios que Benedicto XVI, el otro Benedicto del libro, llamaba innegociables: lucha contra el aborto, proteger la libertad religiosa y la familia tradicional. Y, entre los tres, el mayor es la defensa de la libertad religiosa. No hacerlo con determinación es malgastar el tiempo (13). Es tan profunda y radical esta afirmación del autor que llega a proponer lo siguiente: «Los cristianos necesitamos hacernos con todos los aliados que podamos, así que busca el apoyo de otras denominaciones y de otras religiones. Y tiende una mano amistosa a los gays y lesbianas que no están de acuerdo con nosotros pero que luchan por la libertad religiosa y de pensamientos» (14). Maquiavelo en estado puro.

¿Qué más deben hacer los cristianos en la esfera política de su país? Involucrarse a nivel local, fijar objetivos prudentes y alcanzables, velar por la libertad de las instituciones cristianas como prioridad, ser educados y respetuosos, hacerse aliados… y crear estructuras paralelas en las que se pueda vivir la verdad en comunidad, un proyecto de construcción de un futuro mejor para los mismos cristianos y para quienes les rodean.

Estos elementos, y algún otro que quizá me dejo por el camino, son lo que Dreher llama una «política tradicional». Olvidando así los verdaderos principios de una política tradicional

(12) *Ibid.*, pág. 112.
(13) *Ibid.*, pág. 114.
(14) *Ibid.*, pág. 117.

Fundación Speiro

enumerados en el magisterio pontificio en el que aparece con claridad como la política es el «concurso solidario de los hombres y de los pueblos libres para la realización progresiva, en todos los campos de la vida, de los fines señalados por Dios a la Humanidad» (Pío XII, *La decimaterza*, 39).

Y así, «la civilización cristiana» no es, como está, como dice el autor y propone en su libro, «por construir». Recuerda Pío X, en un célebre texto entresacado de la encíclica *Notre Charge Apostolique*: «No, venerables hermanos –hay que recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual, en que cada individuo se convierte en doctor y legislador–, no se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado; no se levantará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por construir en las nubes. Ha existido, existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: *omnia insturare in Christo*».

Traigo el texto a colación, no sólo por su claridad sino por la aleccionadora historia del movimiento «sillonista», pues algo de sillonista tiene también Dreher. Sin entrar en pormenores históricos, la tesis política de los sillonistas, definidora de su política concreta ante la República Francesa (estamos en los primeros años del siglo XX), estaba expresada con una formula conciliadora: «Se puede ser al mismo tiempo católico sin tacha y republicano sin equívocos». *Le Sillon* nace con el deseo entusiasta y fogoso de plantar la fe católica en medio de los campamentos enemigos, pero pronto cayó en importantes errores que llevaron al Papa a condenar el movimiento.

Entre los errores que señala Pío X, en el ámbito político, encontramos afirmaciones que, de uno u otro modo, aparecen también en las páginas que estamos comentando: la autonomía de la conciencia cívica (rechazando en la práctica lo que León XIII escribió en *Immortale Dei*, a saber, «no se ha encontrado para construir y gobernar el Estado un sistema superior al que brota espontáneamente de la doctrina del

Fundación Speiro

Evangelio»); se propugna como base la democracia política, única forma viable de gobierno (frente a la insistencia del magisterio político pontificio en que todas las formas de gobierno son lícitas si salvan la religión y la justicia); se tendía sin cautelas la mano abierta a todo demócrata sincero, prescindiendo de presupuestos ideológicos o confesión religiosa, contra esto último dice Pío X y vale también para Dreher: «No hay verdadera civilización sin la civilización moral, y no hay verdadera civilización moral sin la verdadera religión: ésta es una verdad demostrada, este es un hecho histórico».

Este último presupuesto político es inaceptable para Dreher que, heredero del pensamiento de Tocqueville, tiende la mano y todos los puentes necesarios (hasta con personas que profesan las más graves heterodoxias y desviaciones morales) a todos aquellos que se unan a su causa. Con ello, reconoce la legitimidad de tales modos de pensar y obrar, y valora la aportación que hacen a la «construcción de una ciudadanía democrática», legitimando estas opciones y opiniones (religiosas y morales) para la participación en la vida pública. Al final, uno se pregunta qué relación tendrá todo esto con San Benito y con la reconstrucción de una sociedad cristiana.

Olvida así nuestro autor que, frente a una sociedad «postcristiana», «no hay más que un solo remedio: volver a un verdadero cristianismo en el Estado y entre los Estados» (Pío XII, *Negli ultimi*, 32).

5. Conclusión: la opción Benedicto es una opción ideológicamente confusa

La conclusión del libro de Dreher es el ejemplo más claro de la confusión que reina en todo el libro. Comienza Dreher citando unas palabras de Maritain sobre la Iglesia y la modernidad: «En lugar de un castillo fortificado erigido en mitad del campo, debemos pensar en un ejército de estrellas arrojadas al cielo». ¿De qué está hablando la «opción benedictina»? ¿En qué quedamos? ¿Formamos ciudadelas protegidas por murallas o nos arrojamos a los cielos? Y es que, en la propuesta, no hay más que confusión y una larga lista de proposiciones y sus contrarios puestas al mismo nivel.

Fundación Speiro

Esta confusión empieza ya con el título elegido. En español y en francés, el libro ha sido traducido bajo las palabras «La opción benedictina» haciendo referencia a San Benito. Pero, tanto en inglés, como en italiano, el título es otro: «La opción Benito». Bajo esta sutil diferencia, se esconde otra opción en el autor, otro Benito, en este caso Benedicto XVI. Tanto algunas páginas de la obra de Ratzinger *Fe, Verdad, Tolerancia,* como su renuncia al ministerio petrino y su retiro al monasterio vaticano en el que vive, son fuente de inspiración para nuestro autor. Hasta el punto de dejar una honda duda: ¿será Benedicto XVI al que pone como modelo de cristianismo Rod Dreher? El autor nos resuelve la duda en la última página del libro, en los agradecimientos nombra a Benedicto XVI «a quien considero el segundo San Benito de la opción benedictina» (15).

Sigue la confusión con la propuesta que hace el autor tras el análisis de la situación actual en las primeras páginas del libro. Diagnosticado las raíces de la crisis, en un análisis que podemos compartir en muchos aspectos, la solución que propone es desconcertante. Si el racionalismo del siglo XIV, la reforma protestante, la Ilustración y las revoluciones industrial y sexual son causas de la crisis que atraviesa nuestro mundo, uno se pregunta: ¿cómo recorrer un camino de vuelta que pase por la aceptación de la mayoría de los dogmas modernistas y liberales? Lo que propone el autor es un camino imposible. Nunca se puede llegar a una solución andando los mismos caminos que nos llevaron al problema.

Es una opción, un camino imposible, porque, en palabras de Mella, no es más que seguir la vieja consigna de los que ponen «trono a las causas y cadalsos a las consecuencias». El camino que recorrer no puede ser otro que el de la Tradición. Los únicos caminos que pretenden destruir la calzada que nos ha llevado hasta aquí.

Llama también la atención la concepción que tiene el autor de las distintas confesiones religiosas. Quizá sea fruto de su camino intelectual y espiritual. Nacido en el seno del metodismo, se convirtió al catolicismo en el año 1993,

(15) Rod Dreher, *La opción benedictina*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2018, pág. 296.

Fundación Speiro

abandonándolo, escandalizado por los casos de abusos sexuales, en el año 2006, en el que fue acogido en la iglesia cismática oriental u ortodoxa. Sobre el papel que tienen las religiones, Dreher se sitúa en la concepción que Toqueville tiene de la democracia y el papel de las distintas confesiones religiosas que ayudan en la consolidación de las instituciones democráticas.

Sorprende la pluralidad de las confesiones que aparece en el libro, pero es más sorprendente todavía la exclusión de cualquier pensador realmente relevante de alguna de estas confesiones: pastores protestantes, rabinos judíos, religiosos católicos, pero ni un solo recurso a personajes relevantes del mundo católico u ortodoxo que puedan arrojar luz ante la propuesta de Dreher: teólogos, filósofos, santos, juristas… hay una llamada a la tradición pero una absoluta exclusión de algún pensador tradicional. Esta sorprendente exclusión, no hace sino aumentar la confusión. Da la impresión de que la conversión de Dreher es, como decía Gambra respecto a Maritain, una conversión a medias. Si bien es capaz de diagnosticar el problema, es absolutamente incapaz de adelantar una solución correcta. Se trata de una opción que nace del cansancio de la lucha y el combate y no de un profundo estudio.

Si bien el libro ha sido definido por el periodista americano del *New York Times* David Brooks como «el libro religioso más discutido e importante de la última década», ante tal exageración, me pregunto si eran necesarias tantas alforjas para tan corto viaje, para llegar a las conclusiones a las que llega el autor.

Fundación Speiro